

Libros del Asteroide 

Ignacio Peyró
El español que
enamoró al mundo

Una vida de Julio Iglesias



Prólogo

Libros del Asteroide

¿Por qué?

Cruzado ya el umbral de los ochenta años, Julio Iglesias puede sentarse a meditar sobre las raras providencias de una vida: ha parado un penalti a Di Stéfano, ha sido amigo de los Reagan y los Clinton, ha actuado para Mitterrand e intimado con Sarkozy, ha cantado con Parton o Sinatra y —entre otros honores más o menos verosímiles— cuenta con un día oficial en Miami, una estrella en Hollywood y hasta la ciudadanía de honor de Benidorm. En un golpe de comicidad involuntaria, una asociación de familias americanas llegó a nombrarle *Padre del año* cuando aún, por cierto, le quedaban cinco hijos que engendrar. Cruzado el umbral de los ochenta, en fin, se le supone, peldaño más, peldaño menos, entre los diez artistas más ricos del mundo y, allá con Madonna y Elton John, el que más discos ha vendido cuando, nota relevante, aún había que ir a comprarlos. Ha sido el español más conocido del siglo xx tras Dalí y Picasso y, por si este *cursus honorum* resultara parco, es además embajador del cocido de Lalín. En la última vuelta del camino, a Julio Iglesias la ironía posmoderna le ha regalado ya su forma suprema de inmortalidad: convertirlo

en meme. Eso también significa, *hélas*, que para más de una generación ya no es una voz que les habla sino una presencia desactivada, asumida, como un paisaje de fondo. En el mejor de los casos —él mismo lo sabe—, su música pertenece al género de los placeres culpables: sus canciones suenan en el último pico alcohólico de la fiesta, poco antes de que se manifiesten la lujuria desesperada, el hambre de carbohidratos y las ganas de dormir.

Una ironía algo más llamativa es que Tangana o Rosalía hayan tenido ya la atención de bandadas de semiotas y críticos culturales mientras que, más allá del gesto de perdonarle la vida, Julio Iglesias no ha merecido ni el interés académico —tras vender trescientos millones de discos— de los sociólogos. Puede pensarse que él ha tenido no poca culpa a la hora de llamar sobre sí este esnobeo. Producciones blandas. Versiones mal descongeladas de los clásicos. Una estética muy suya —colores crema, playas infinitas— y no siempre de fiar. Una vida bañada con gran contento en salsa rosa y una llegada tan global que, al limarle aristas, también le ha podido restar atractivo. Sus letras tienen más glucosa que complejidad, y su música, unas ambiciones que solo pueden calificarse de realistas. Al tiempo, profesionalizar un perfil de macho rijoso no es un rasgo que hoy —en plena reivindicación de una masculinidad tranquila a lo Perales— merezca mucho aplauso. Tampoco le ha ayudado a redimirse hacer negocios con Zaplana. Todo esto, sin contar con que —dicen— canta poco, compone menos, no toca nada y baila mal. He ahí culpas suficientes como para no haber logrado siquiera la absolución condescendiente con que, vía música *chochi*, hemos integrado con honores en el canon de lo aceptable a, qué sé yo, Raphael o Massiel. Y aun así,

tenerle antipatía a Julio Iglesias sería como sentir odio a los delfines, tal vez porque en el momento adecuado alguien pone *Hey!* y no hay nada que no se pueda perdonar.

Decir que hemos sido injustos con Julio Iglesias equivale a decir que la vida ha sido tacaña con Bill Gates, pero quizá haya que volver a mirarlo para purgar algún complejo de culpa cultural. Ojalá este libro ayude a eso. Hans Laguna afirma, con razón, que Iglesias ha sido la primera estrella pop verdaderamente global, pionero de lo que hoy llamamos marca personal y padre «o abuelo» de la actual música latina. Sí: supo cantar a la gente en su propio idioma —concretamente en catorce idiomas— y llegar el primero hasta a los chinos. Como producto nacional, iba a ser conocido en Estados Unidos antes que el jamón y a triunfar en un mercado —número uno en Inglaterra— donde incluso Felipe II se estrelló. Le tocó encarnar la hora de gloria y dinero de las discográficas. Y mientras los pecios de la Movida se han reciclado en consultores y los cantautores viven en casas idénticas a aquellas donde vivía la gente que odiaban a los veinte años, Julio lleva una vida entera de fidelidad gestual a sí mismo. Por lo demás, basta escuchar a algún *triumfite* huracanado para recordar que no es lo mismo tener voz que saber cantar. Y si ha sido un machito rozagante, no era mucho más sensible la prensa que lo llamaba «*sex symbol* de la menopausia» (*Time*) o describía a su público, incluso en medios progresistas, como «señoras más bien entradas en años y en kilos» a las que aportaba «excitación, sensualidad, calentura y melancolía». No hace falta sacar el corolario: sale solo.

Para explicarse un éxito de tanta apoteosis como el de Julio Iglesias, uno pensaría que la suficiencia no es

la aproximación más justa. Ha sido, sin embargo, una y otra vez, la que hemos tenido con él. Así, a la hora de dilucidar los motivos de ese éxito, hemos recurrido a las marcas, a los mánagers, a los productores, a un momento de potencia en la industria musical o a la aparente necesidad geopolítica de que un latino triunfara en el mundo. Hemos recurrido a todo salvo, por lo general, a Julio Iglesias. Quizá sea porque con la razón cartesiana ese éxito resulta —en efecto— difícil de cuadrar. Julio Iglesias ha pasado por su tiempo sin ser hijo de su tiempo. Fue *crooner* a deshora. Cantó en la lengua incorrecta o, por lo menos, en una lengua inesperada. En años de compromiso político, ni los halcones más meticulosos del franquismo le detectaron ínfulas revolucionarias. En años de canción protesta, parecía demasiado conforme con el mundo —así lo señaló ABC— para protestar por nada. Ya podía prevalecer un cierto desaliño estético, que él rara vez perdonó los buenos trajes. Y ya podía estar en boga el moralismo de la canción de autor, que él no desdeñó las tibiezas de un romanticismo de blandura sin edad. Cuando el joven Iglesias viaja por Europa —entre 1965 y 1968—, el mundo puede estar cambiando, que Julio no va a cambiar con él: irrumpen Dylan y Cohen, la psicodelia y Van Morrison, Bowie y los Beatles y los Kinks, y él va a asistir con una indiferencia infinita a todo ello. A imagen de El Corte Inglés, Julio nunca ha tenido entre sus prioridades parecer contemporáneo. De aquí le han venido las miradas intelectuales por encima del hombro: Umbral escribe que Julio Iglesias es «el novio de derechas que todas las madres de derechas sueñan para sus niñas de derechas en un mundo [...] de derechas». Pero quizá ahí también radicaban

su irreductibilidad y su carácter: tal vez lo más ecuánime sea pensar que, a imagen de otras invenciones españolas —la paella, la sangría o el Quijote—, Julio Iglesias no debía funcionar, pero ha funcionado. Tenía que ser Juan Pardo, pero fue Julio Iglesias.

Julio es también uno de los pocos casos en los que alguien anuncia su ambición de ser una estrella total y llega a serlo. Aquí, de nuevo, podemos buscarle mil coartadas entre la coyuntura y la suerte. Siempre se ha intentado. Aparecer en el NODO cuando solo había el NODO. Beneficiarse de un momento en que el Régimen buscaba vender una imagen amable y una modernidad compatible. Aprovechar una circunstancia en que la conexión musical con Europa era cuestión de apuesta estética para los artistas, pero también de diplomacia pública para el aparato estatal. Coger el avión para hacer las Américas cuando otros pioneros ya habían desbrozado el terreno. Con el tiempo, Julio sería el elegido, en una época de dinero poderoso en la industria, para llegar a un público estadounidense tanto hispano como anglosajón y —antes y después de su éxito en América— cantar a la mesocracia de todos los países, en lo que va de Múnich a Manila. Las revistas del corazón también le iban a dar una familiaridad muy presente en nuestras vidas de diario. Pero, al igual que los astros, la coyuntura orienta, no determina. Y aunque Julio haya tenido suerte, puede pensarse que también en mala suerte tuvo ración extra: accidentes y enfermedades graves en la juventud, por ejemplo. Uno de sus primeros apoyos en el mundo del disco, Enrique Martín Garea, contó que, en última instancia, lo diferencial en Julio eran unas aplastantes ganas de triunfar, pero ¿no las tendrían también

otros? Al final, solo el éxito se explica a sí mismo. Y en ese éxito lo único imprescindible era él. Y quizá las personas, empezando por su padre, que tanto le ayudaron a lograrlo supieron olfatear eso mismo: esa gracia infusa, ese carisma elusivo por el cual usted y yo entramos en un cuarto y parecemos un aparador y entra Julio Iglesias y se lleva las miradas y despierta las sonrisas.

Ya en el «arrabal de senectud» de los ochenta, quizá ahora Julio merezca afecto, sin embargo, precisamente por lo que tiene —como decíamos al principio— de paisaje de fondo. Hay una España que se deja leer a través de él. Nació en los años del hambre, fue hijo de un camisa vieja, triunfó en el momento de esperanza y despezo del desarrollismo. Iba a evolucionar con tanta naturalidad —y con tanta gente en el país— que pudo hacer campaña por Aznar sin dejar de admirar públicamente a Felipe. En sus conciertos aún podían coincidir Baltasar Garzón y Ana Botella, y en sus visitas a España podía ver lo mismo a Fraga que a Pujol. Y, de alguna manera, ha sido junto al Real Madrid —jugó en sus juveniles—, la única expresión cultural de la derecha madrileña capaz de trascender en masa todas las clases. Julio Iglesias nos acompañó en la primera noche electoral, anunció el primer divorcio, se hizo fuerte en el globo en el mismo momento que una España que ya no necesitaba conquistar porque le bastaba con seducir. Hay algo en su declinar, por tanto, que coincide con el nuestro, y este libro quiere también ser un homenaje a aquella ligereza, a aquella alegría, a aquella inocencia. Es posible que con otros cantantes quisiéramos cambiar el mundo, pero con los años llegamos a preguntarnos si no era más honesto limitarse, como Iglesias, a hacer feliz a la gente en las bodas.



Julio Iglesias se ha encargado con toda minuciosidad de que su vida no dé para hacer ninguna hagiografía; al mismo tiempo, siempre he descreído de las biografías escritas a la contra. Mi modelo para este libro ha sido el *Edmund Campion* de Evelyn Waugh, que tuve ocasión de traducir hace mil años. Sin duda, entre un mártir jesuita del barroco como Campion y Julio Iglesias hay una gran distancia, solo menor de la que pueda haber entre Waugh —un genio— y yo. El propósito, sin embargo, es similar: «no contar todo lo que se sabe, ni todo lo que (...) podría averiguarse», sobre un personaje, sino aglutinar en una narración legible y, ojalá, placentera, hechos dispersos en una buena porción de libros y artículos. Estos hechos tienen siempre, por tanto, una autoridad a la que apelar, y al final del volumen se ofrece una selección bibliográfica. En todo caso, para quien busque visiones complementarias y mayores detalles —¿hasta qué puesto trepó en las listas turcas el álbum *Momentos*?, ¿qué bajista acompañó a Julio en el *World Tour* de 1984?—, los títulos de consulta obligada son los de Óscar García Blesa, Hans Laguna y Andrés López Martínez, bien conocidos de los fans. Hasta hoy, el único material biográfico emanado directamente de Iglesias está recogido en cientos de entrevistas y en el libro que publicó en los primeros ochenta con pluma de Tico Medina.

Por mi parte, he pensado que, entre la propaganda, la literatura del corazón y la tesis doctoral, había un espacio claro para una vida compacta de Julio Iglesias, para decir de su camino tan infrecuente por el mundo y ponerlo en relación con aquello que hemos sido. Y ya que

de propaganda hablamos, he juzgado que era mi obligación contactar con el cantante por las vías formales: dos veces lo he hecho, y dos veces he recibido con alivio su silencio. Si se me permite el recurso a otra autoridad, la de la experiencia, sé que no hay ningún poderoso —para alguno he trabajado— que te vaya a decir lo que quieres saber en vez de lo que te quiere contar. Uno, claro, no está para escribir esas cosas: hace ya mucho que lamento que, en nuestra prensa, ya apenas haya perfiles —un género de calidad—, sino solo entrevistas. En este libro, como en todos, mi propósito no ha sido otro que honrar una cierta tradición de prosa española y, en lo posible, darle continuidad. Por lo demás, sigo abierto a compartir algún Burdeos, como diría el tango, «cuando llegue la ocasión».

Es la primera vez que trato un tema —digamos— pop. No ahondaré en ello: baste con decir que, en literatura, el tema, siendo muy relevante, está subordinado a lo que se logre hacer con él. En mi casa no se oía a Julio Iglesias, pero —para un madrileño de 1980—, su presencia aquí y allá ha sido inevitable: ya en la infancia, más que anacrónico, parecía un señor algo flotante en el tiempo, ese español cuyo moreno rivalizaba con el de Nat King Cole. Después se ha sabido ir insinuando en algún viaje tonto, alguna cena con amigos, algún romance para el que fue banda sonora. Se ha hecho hueco. Permanece en la memoria en los grandes carteles de *Crazy* en Londres, allá por los noventa, y en el tarareo —*Se mi lasci non vale*— del camarero castizo de mi bar en Roma el otro día. Pop o no, ha sido un tema, a la vez cercano y lejano, del que solo he podido escribir con agradecimiento.

Dedico este trabajo a mis padres. Me apena, como siempre, pensar que este pueda ser mi último libro. De ser así, sin embargo, me alegra pensar que habla de un señor de su quinta y de su España. Y que, sin forzar mucho la fortuna, podía haber sido mi compañero de colegio en otra vida pero en la misma ciudad.

IGNACIO PEYRÓ

Roma, diciembre de 2024